

El desarrollo de las ideas científicas y su influencia social y política durante una centúria de vida independiente / por Pedro González.

Contributors

González, Pedro.

Publication/Creation

Mexico : Tip. de la viuda de F. Díaz de León, 1911.

Persistent URL

<https://wellcomecollection.org/works/e8rxaqew>

License and attribution

Conditions of use: it is possible this item is protected by copyright and/or related rights. You are free to use this item in any way that is permitted by the copyright and related rights legislation that applies to your use. For other uses you need to obtain permission from the rights-holder(s).



Wellcome Collection
183 Euston Road
London NW1 2BE UK
T +44 (0)20 7611 8722
E library@wellcomecollection.org
<https://wellcomecollection.org>

(2)AB.782.AA8



22101981236





CONCURSO CIENTIFICO Y ARTISTICO DEL CENTENARIO

Promovido por la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS CIENTIFICAS

Y SU INFLUENCIA SOCIAL Y POLITICA

DURANTE UNA CENTURIA DE VIDA INDEPENDIENTE

TEMA SUSTENTADO

POR EL SR. D. PEDRO GONZALEZ

EN REPRESENTACION DEL

COMITE NACIONAL DE LA ALIANZA CIENTIFICA UNIVERSAL

A INVITACION

DE LA ACADEMIA CENTRAL MEXICANA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

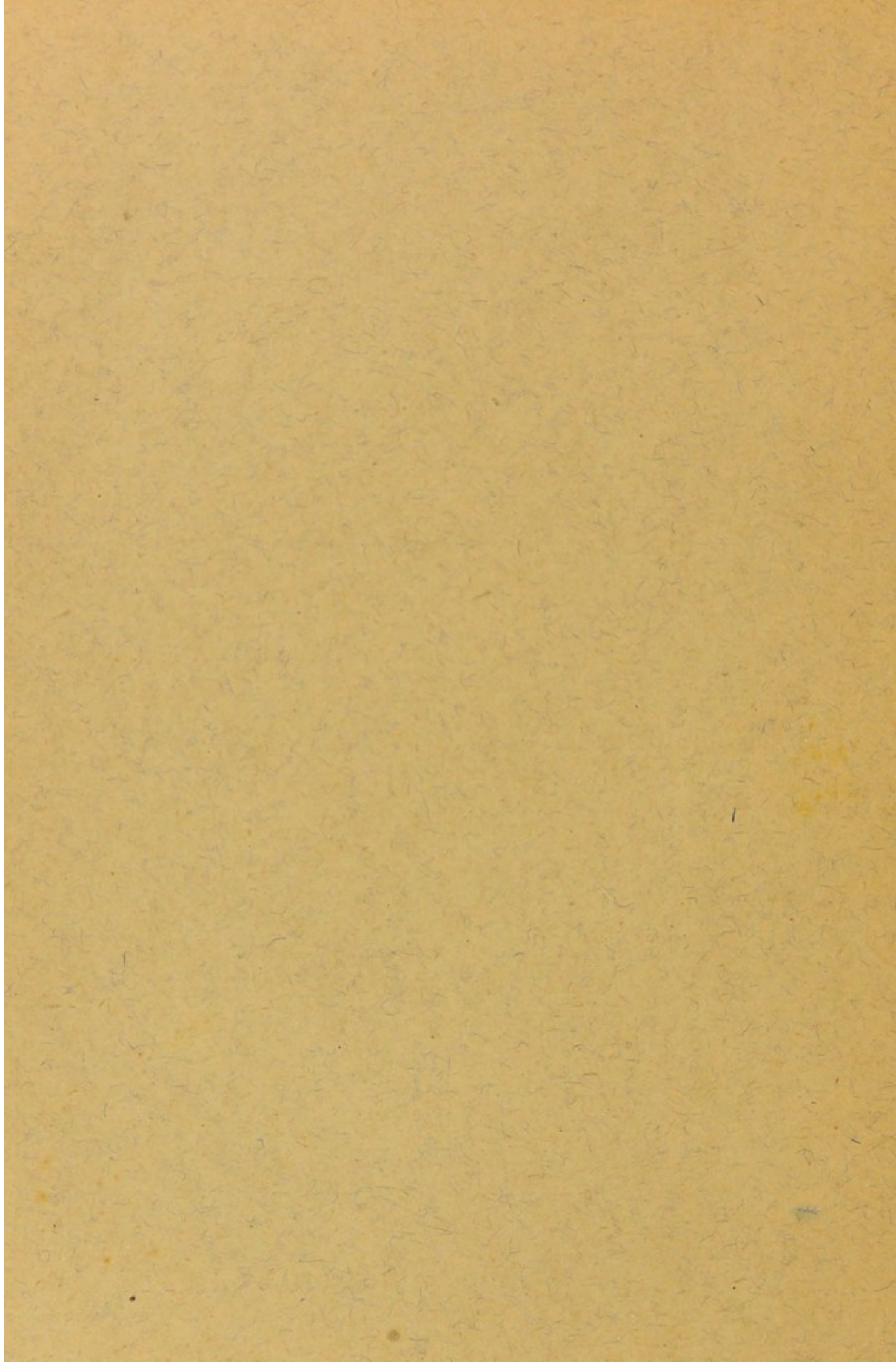


MÉXICO

TIP. DE LA VIUDA DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.

Avenida 5 de Mayo y Motolinia

1911



CONCURSO CIENTIFICO Y ARTISTICO DEL CENTENARIO

Promovido por la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS CIENTIFICAS

Y SU INFLUENCIA SOCIAL Y POLITICA

DURANTE UNA CENTURIA DE VIDA INDEPENDIENTE

TEMA SUSTENTADO

POR EL SR. D. PEDRO GONZALEZ

EN REPRESENTACION DEL

COMITE NACIONAL DE LA ALIANZA CIENTIFICA UNIVERSAL

A INVITACION

DE LA ACADEMIA CENTRAL MEXICANA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION



MÉXICO

TIP. DE LA VIUDA DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.

Avenida 5 de Mayo y Motolinía

1911



(2) AB. 782. A78

Encargado de traer el contingente del Comité de la Alianza Científica Universal, una de las corporaciones más acreditadas y que más se encuentran al alcance de las ideas modernas, no sin grande aprehensión me atrevo á alzar mi voz bien débil, después de haber sido precedido en esta tribuna por tantos hombres eminentes, que en los albores del siglo que comienza, dan honra y lustre á la tierra que nos vió nacer, y donde nacieron, vivieron y murieron, los excelsos caudillos á quienes debemos la emancipación política y la participación en el banquete de los pueblos libres.

Me toca el raro y pesado honor de hablar después de una persona acostumbrada á presentarse delante de concursos de sabios y de literatos, y á quien la fama ha ungido haciendo que resuene su nombre, porque ha recogido los inmarcesibles lauros del orador y del jurista.* Sin embargo, su voz y la mía están animadas del mismo sentimiento de simpatía humana, sin el cual no podría haber en el mundo ni piedad, ni tolerancia, ni respeto á las ideas ajenas. Os pido, pues, perdón, por aquellas faltas involuntarias que encontréis en mi discurso, pues si alguna disculpa puedo presentaros, es la del clásico: «Que en las cosas grandes, es bastante querer.»

Extraordinaria dificultad del tema.

El desenvolvimiento de las ideas científicas en nuestra patria, durante un siglo de vida independiente, sería motivo de una vasta investigación, que está fuera de mi alcance, porque además de ser la bibliografía de la XIX centu-

* El Sr. Lic. D. Roberto A. Esteva Ruiz.

ria, en materia de obras mexicanas, de una pobreza insigne, es de grande imposibilidad alcanzar en este sentido una objetividad completa, que, descartando los sentimientos personales y los cortos elementos de la propia experiencia, logre exponer un conjunto de hechos tan singulares é interesantes para nosotros, como aquellos que se relacionan con el cambio considerable que durante un período de tan intensa actividad hemos alcanzado, variando desde un sistema científico y político, fundado en los dogmas tradicionales y en el respeto absoluto á la autoridad, hasta el predominio de la voluntad del hombre dominando las fuerzas naturales, por la inteligencia y por el conocimiento consciente de las leyes que rigen y gobiernan al universo. Oponer en un discurso el autoritarismo antiguo y el subjetivismo moderno, hacer ver cuán distantes son estas dos concepciones de la vida y, cómo en un gran período histórico los mexicanos ilustres han dado voz á las ideas corrientes del mundo, sobre la manera de resolver los grandes problemas que estudia la ciencia, y cómo esas ideas de los prominentes regnícolas han trascendido al vulgo que siente, es decir, que de una manera vaga y confusa piensa las ideas superiores y pone á su servicio su esfuerzo poderoso é incesante, es tema de extraordinario alcance; porque los factores de los grandes acontecimientos son las masas obscuras del pueblo, y porque la influencia de los sabios y de los filósofos, en la vida de la nación, sólo es perceptible, cuando esos sabios y esos filósofos se hacen los portavoces de las aspiraciones del pueblo.

El autoritarismo antiguo.

Cuando el Barón de Humboldt pisó nuestras playas, los sabios mexicanos estaban penetrados del profundo sentimiento de nuestra dependencia de las fuerzas naturales; las inteligencias se inclinaban delante de la autoridad de la tradición, y, faltándoles un conocimiento completo de la causalidad, hacían intervenir el milagro en el juego eterno de las inmutables leyes de la creación. Sus sistemas eminentemente deductivos, admitían unos cuantos grandes principios, y ajustaban á un cartabón preconcebido los hechos variados que la naturaleza nos ofrece continuamente. La

influencia oculta y misteriosa de una potencia superior en el mundo de los fenómenos, era lo único que podía hacerlos variar en sus reglas y leyes preestablecidas. De aquí que se estudiara con arreglo á métodos escolásticos y esencialmente deductivos, el conjunto de las ideas científicas. Más aún, los metafísicos proponían al Creador un cierto número de resoluciones aceptadas por la autoridad y por la iglesia. No era que faltaran sabios que como Andrés del Río, Velázquez de León, Elhuyar, Mociño, Alzate y otros, estudiaran con profundo apego, con rara perspicacia y con conocimiento de los sabios extranjeros, los fenómenos de la naturaleza, bajo el peculiar aspecto con que la madre de las cosas se presentan en nuestra patria, pero no tenían la independencia de la razón, el afán de explorar lo desconocido por la hipótesis, ni la audacia para resolver, por el propio criterio, los árdulos problemas cuyo estudio se había reservado la iglesia. Aquellos sabios eran meros especificadores, botánicos distinguidos, naturalistas descubridores de especies indígenas inventores de pequeños aparatos, distinguidos romanistas, entendidos comentadores de las leyes de la sabiduría antigua; pero jamás podían elevarse al descubrimiento de nuevas leyes naturales, al conocimiento de la evolución de los hombres y de las cosas, y á la libertad de criterio que estimula la emancipación del espíritu humano.

Influencia de autoritarismo sobre nuestra condición política y social.

Consecuente con tales principios, el ideal que el Gobierno de España perseguía en México, era el de la subsistencia: es decir, el del mantenimiento de los monopolios, de la autoridad divina de los reyes, de los fueros y de las preeminencias del clero. Así, su sistema económico se distinguía por las trabas opuestas á la libre concurrencia, por un proteccionismo exagerado y por una organización casi feudal de las clases y de las gerarquías sociales. No era que los reyes españoles mirasen con indiferencia sus dominios de ultramar, pues hubo déspotas ilustrados que, gobernando como Carlos III, bajo la inspiración de ideas de libertad, no obstante, preconizaron las ventajas de la tutela política

y administrativa, que en materia económica y social dirigía hasta los menores detalles de la vida de la Colonia. Los Virreyes estaban inspirados en el principio de la autoridad gubernativa, sin restricción alguna, porque si bien es cierto que la Recopilación de Indias constituía un Código de Política indígena, su aplicación quedaba subordinada al arbitrio de las direcciones locales. Es cierto que hubo gobernantes rectos, respetables, desinteresados y altruistas; prueba de ello son las grandes obras del drenaje del Valle de México que la autoridad española comenzó en 1607, y la acertada administración del segundo de los Revillagigedos, á quien entre otras glorias corresponde el haber principiado las excavaciones arqueológicas que han hecho de México una especie de Egipto americano. Los Reyes Españoles gobernaban las Américas por medio de una aristocracia estrecha, compuesta de nobles y de grandes propietarios. Frente á los funcionarios civiles se levantaba el clero, disponiendo de una autoridad absoluta sobre los bienes y sobre las conciencias. El mismo clero, más apegado al culto que á la religión, se defendía vigorosamente contra las invasiones del espíritu extranjero y cerraba las puertas de sus seminarios á las doctrinas filosóficas que podían destruir su autoridad compacta, y la posesión tranquila de bienes verdaderamente desmesurados. El espíritu igualitario que había pasado á las Américas en las carabelas de Colón, y que habían exparcido sobre el Continente las huestes de Cortés y de Pizarro; ese espíritu igualitario, que erigió como autoridad á los Ayuntamientos, que, cual las comunas de la edad media, opusieron sus cabildos en poderoso contrapeso contra los jefes demasiado violentos en el ejercicio de su autoridad, había desaparecido en lo absoluto. Ya la decadencia de ese espíritu había comenzado á raíz de la conquista, porque la Monarquía de Carlos V, centralizando y nivelando todo bajo la férrea mano de Ximénez de Cisneros, comenzaba á destruir en Castilla la independencia comunal. Colocada la Nueva España en un estado de minoridad política, el clero y el poder civil velaban por la conservación de las ideas antiguas; y si es verdad que hubo en aquel tiempo sacerdotes caritativos, distinguidos sabios é inteligentes exploradores, al terminar el siglo XVIII, el Gobierno Colonial, ni era capaz de alentar la

instrucción, ni de despertar la iniciativa personal, ni de impulsar á la concordia cívica á los diversos elementos de la sociedad. “Aprended á leer, á escribir y á recitar vuestras oraciones,”—decía un ilustrado sacerdote á sus discípulos criollos,—“eso es todo lo que un buen americano debe saber.” “Habéis nacido para callar y obedecer, y no para opinar en los graves asuntos del Gobierno,”—decía á los americanos, no un tradicionalista noble español, sino un señor flamenco, que había respirado el aire de libertad que desde la edad media flotaba sobre las comunas belgas y holandesas.

El racionalismo filosófico y científico

Sin embargo, los fisiócratas en Francia y Adan Smith en Inglaterra, proclamaban los beneficios de la libertad económica. Guillermo de Humboldt, en su célebre memoria sobre los límites de la función del Estado, se levantaba con energía contra el sistema burocrático, que hace del hombre una máquina; que acostumbra á los funcionarios al servilismo, y que ahoga entre los súbditos toda idea de autoridad autónoma. Voltaire erigía, en medio de carcajadas sardónicas, la autoridad de la razón humana, frente á la divina potestad de los sucesores de San Pedro.

Este principio, que exaltó á un alto grado, provocó en el privilegiado suelo de la América Sajona, la formación del gran pueblo con el cual nuestra patria parte raya por el Norte. En cuestión política, la revolución francesa levantaba, frente al derecho divino de los reyes, el principio: de que “el verdadero objeto de toda ley y de todo gobierno, no es favorecer á una casta determinada, ni sostener una dinastía, sino procurar la felicidad del mayor número.” Por fin los Estados Unidos daban nacimiento á la democracia, é inspirados en Bentham restringían con horror el papel del Estado, y proclamaban que cada uno, y no el Gobierno, es juez, y el mejor juez de su felicidad. De aquí, en materia política, se derivan dos grandes principios, los dos más grandes principios de la democracia: “que toda acción del Estado, que no es necesaria para garantizar la libertad y la independencia mutua de los habitantes de un país, es tiránica y arbitraria,” y que, “siendo cada indivi-

duo el juez de su propia dicha, debe tener intervención en el gobierno del conjunto," porque la dicha más grande está en seguir las inspiraciones de la razón propia; la mayor desgracia, en que la propia razón sea dominada por otra que está inspirada por distintas concepciones que la sujeta al servilismo. Había, pues, desaparecido la actitud reverente que encorva al hombre delante de los reyes y de los sacerdotes, y que doblegaba las inteligencias con una actitud respetuosa y humilde frente al enigma del universo. El hombre civilizado tenía el orgullo de su fuerza; y aunque todavía temeroso de las potencias infinitas y formidables que la estrechaban, aunque respetuoso de la autoridad monárquica y de la autoridad eclesiástica, afirmaba con una energía creciente y desordenada la idea de su autonomía social y política. El contraste con la mentalidad de la época colonial se había vuelto completo. Frente al creyente, que se sentía rodeado de desconocidos misterios y se sometía dócilmente á la autoridad religiosa, moral ó científica, se levantaba el hombre nuevo, que sostenía que la independencia propia es el patrimonio eterno del hombre, de la humanidad y del mundo entero.

La influencia del racionalismo en la condición política.

A pesar de la vigilancia de las autoridades coloniales, pronto había cundido en la América el principio de la idea de libertad. Los hombres ilustrados de la Nueva España habían dado fácil oído á esas ideas que los sucesos políticos de Europa y de Norte-América justificaban, y sellaban con la autoridad de la experiencia. Uno de los portaestandartes de las ideas nuevas, fué Hidalgo.

Así, las quejas que iban á dar origen á la epopeya de la Independencia, las condensaron sus correligionarios en la Junta conspiradora de Querétaro, bajo los siguientes conceptos diestramente redactados:

"Los Reyes de España han poseído con mala fe los Reynos de las Américas llevando hasta lo sumo su insaciable avaricia.

"Todos los Europeos y principalmente los Españoles, desde el descubrimiento de las Indias, hasta la fecha, se han

aprovechado en lo posible de las producciones de estos Reynos, con detrimento físico de sus antiguos habitantes, pues aún se sirven de éstos, haciéndolos sus esclavos.

“Los Eccos. de Europa que debían dar una prueba real de profesar la pobreza evangélica, tienen también arbitrios de ser ricos, infectando con su pernicioso ejemplo á los Eccos. Americanos; de modo que ya entre éstos se hallan algunos más gravosos al Público por la necesidad que tienen de erogar sumas en obsequio de aquéllos, á fin de obtener los puestos más honoríficos y de la Iglesia.

“El Gobierno político tiene por objeto la extracción del dinero americano; á cuyo efecto dirige los eficaces proyectos: de aquí es que mientras los *Magistrados sean corrompidos, jamás veremos un expediente concluído con toda legalidad, pues no obran en cosa alguna con rectitud.*

“La natural inclinación que obtuvieron nuestros mayores en socorrer á los infelices extranjeros y la mala fe con que éstos han correspondido, nos han puesto en un estado de verdadera infelicidad, pues á más de quedar desposeídos de las producciones de nuestras minas, lo estamos también de la agricultura y del comercio.

“La mayor parte de los Españoles antiguos aparenta la religión C. A. R. y esto con unas exterioridades mal practicadas.

“Qué ventajas se prometerán los Americanos siguiendo en una dura esclavitud de una nación falsa, avarienta é irreligiosa?”

La subdivisión de credos.

Pero la base fundamental de liberalismo político y científico que levanta al hombre por encima de toda autoridad, sometiendo al libre examen la libertad de su crítica los principios mirados hasta entonces con reverencia, encontraba, en su seno mismo, poderosos agentes de destucción; el pensamiento vario que engendró el liberalismo, diseminó su fuerza por la disgregación y la pulverización de los credos y de las opiniones individuales. Con Nietzsche, proclamaba la muerte de Dios, y negaba, no sólo al Dios trascendente de los teólogos, sino al Dios inmanente de los metafísicos. Con Max Nordau, proclamaba la inadaptabilidad

de las antiguas costumbres é instituciones á la vida moderna. Con Prudhome, declaraba á la propiedad la forma más odiosa del despojo. Con Tolstoï, clamaba la desobediencia á todo Gobierno. Esta acción disolvente de la crítica libre sobre la gran doctrina del liberalismo, no tardó en fraccionar, de tal modo, las opiniones y las doctrinas, que presto destruyó la unidad que hace la fuerza de los grandes principios.

La influencia política y social de la subdivisión de los credos.

El liberalismo que consiste en *no oprimir y en no comprimir á las masas*, debe su valor á méritos puramente negativos. Esta base de gobierno que durante tanto tiempo ha sido el ideal de las sociedades más adelantadas del mundo, condujo desgraciadamente, en sociedades mal equilibradas como la nuestra, á las graves consecuencias de la subdivisión del caudillismo, que por tan largos años ha prevalecido, haciendo que se concentren las actividades de los más notables ciudadanos, en vanas y estériles competencias de la política. Así la subdivisión de opiniones impedía la formación de un plan conexo y de un gobierno estable. El Gobernador de cada Estado, el Jefe de cada Regimiento traía á cada administración pública su ambición y sus ideas personales, y *ese espíritu de campanario*, como felizmente ha llamado Roosevelt al provincialismo político, que ha tanto tiempo es la llaga más profunda de la sociedad mexicana: que ha detenido los progresos de la educación y de la instrucción públicas; que ha impedido el desarrollo de la industria, y que ha regado con sangre, estérilmente derramada, el suelo de nuestra patria.

La reacción positivista.

La ciencia que durante el primer tercio del siglo pasado comenzó á emanciparse de las preocupaciones escolásticas y dogmáticas y á expurgarse de los innumerables errores que proporcionaron infantiles explicaciones á los hombres instruídos de la edad media, encontró en Laplace y Lamarque, en el dominio de las ciencias; en Augusto Comte, en

el dominio de la filosofía; en Taine y Renan, en el dominio de la historia, y en Zola, en el dominio de la literatura; hombres profundamente estudiosos y grandemente observadores, que dominados por el ansioso problema de buscar una unidad en medio de las discordes opiniones individuales, creyeron encontrar un principio de general organización, explicando fenómenos varios é inconexos entre sí, por medio de la aplicación general é indistinta de las leyes que norman el nacimiento, la existencia y la muerte de los seres vivos. Esas tendencias ó formas de conocimiento naturalmente simples, las expuso Augusto Comte en un vasto sistema de jerarquía de las ciencias humanas; las aplicaron: Taine, al estudio de los fenómenos literarios, Renan, á la evolución de las religiones, y Zola, haciendo ensayos de novelas sociales, dió vida y movimiento á personajes que á fuerza de estar gobernados por las leyes inmutables del atavismo y de la herencia, más parecían fantásticos que positivos. Pronto la metafísica y las ciencias meramente espirituales, fueron vistas con menosprecio. Los conocimientos clásicos, las lenguas muertas, que tanto deleitaron á las generaciones precedentes, fueron rayados de los cuadros de estudios. El Derecho romano, que con justicia se había ufanado de ser, según expresión consagrada en las aulas, la razón escrita, fué visto como conocimiento superfluo y totalmente inútil, en la activa lucha entre individuos y entre pueblos modernos. Estas doctrinas que trajo á México, el gran innovador don Gabino Barreda, encontraron luego fervientes adeptos, ya por satisfacer el deseo innato del espíritu humano de las formas simples, ya por venir ataviado con el prestigio poético del exotismo.

Influencia del positivismo sobre la condición social y política.

Tañña revolución en las ideas, había de producir, como produjo, una transformación considerable en la vida política y social del mundo. La industria se hizo eminentemente colectiva, y los mismos socialistas proclamaron la necesidad de la intervención gubernamental, en la reglamentación de las fábricas y en la represión de abusos de los particulares congregados, para elevar el precio de los

artículos elaborados por la industria fabril. De aquí un cambio completo en la mentalidad de las naciones modernas, de cuyo cambio ha participado nuestra patria. En todas partes se habla de la *extensión de los poderes del Estado*, y se ha dicho, llegando á una extravagante exageración, que los grandes imperios son una necesidad de nuestros días, como las grandes sociedades comerciales. Se ha dicho que la resolución del pueblo inglés, al pretender dominar sobre los pueblos independientes de Sud-Africa, estaba plenamente definida sobre el terreno del buen sentido y de la justicia. Así, el buen sentido y la justicia, aconsejan someterse al yugo del más fuerte, porque puede administrar con mayor facilidad y con menos gastos. Estas teorías que contienen la destrucción de la democracia, privan hoy desgraciadamente en las naciones civilizadas.

Los Estados Unidos que fueron los primeros en proclamar el derecho al gobierno propio, al independerse de la metrópoli inglesa, amenazados en su integridad y en su orientación política, no vacilaron en declarar, *que unos cuantos Estados no tenían el derecho de ser felices por su propia cuenta, si comprometían la vida y la fuerza del conjunto de la nación.*

La sensibilidad, el apoteosis del sentimiento que con tanto cuidado cultivaron los demócratas y los liberales, vinieron á encontrar poderosas razones contrarias en el seno de ellos mismos, porque el liberalismo, emancipando por completo al hombre, lo deja desarmado frente al más astuto ó al más fuerte en la lucha por la vida, y el sentimentalismo se indigna contra la desigualdad de esa lucha, y quiere que el Estado intervenga reprimiendo los excesos de los fuertes y prestando ayuda al desenvolvimiento de los débiles. Los Estados del Sur no tenían derecho de mantener la esclavitud de los negros, ni de restar del contingente de los Estados meridionales á la grandeza de la Unión Americana. Así, pues, aquel humanitarismo que embargó á nuestros constituyentes, no vino á ser sino un privilegio de crear, frente al despotismo gubernamental, un despotismo inflexible fundado en *el acaparamiento de la fuerza social y de la riqueza, en poder de unos cuantos.*

Además, como con grande atingencia lo asienta Dicey, *la doctrina del libre gobierno* encontró un enemigo formi-

dable en el sentido histórico. "Aquel que se entrega á investigaciones históricas, dijo, no tiene ninguna razón, como historiador, para vituperar un abuso, porque este abuso es el efecto invencible de causas invencibles." He aquí como los antiguos partidarios del liberalismo se volvieron apolo-gistas de la concentración de la fuerza administrativa.

Se argumentó, con fundamento en la historia, que los pueblos, desde los romanos hasta nosotros, tienen necesidad de ser ayudados y defendidos por el gobierno, supuesto que el individualismo permite marchar al débil, pero no le da fuerzas para andar. Así el partido conservador creyó que los liberales no tenían derecho para hacer feliz á su país, por su propia cuenta, y levantaron la bandera de la tradición y de la historia, para mantener el predominio de las ideas antiguas, y llamaron en su ayuda, sin ningún escrúpulo ni vacilación, al extranjero. Así los conservadores han encontrado partidarios de sus mismos principios de predominio de la autoridad, en individuos que partieron de concepciones muy distintas, para llegar á igual término de la evolución de sus pensamientos, es decir, al mantenimiento histórico.

Además, el liberalismo, con su carácter cosmopolita, que veía el mismo principio de libertad en todos los hombres y en todas las razas, á fuerza de extenderse, llegó á disminuir su solidez, como aquellos argumentos que por mucho probar nada prueban. El liberalismo, á fuerza de ser muy liberal, fué considerado como agente destructor del patriotismo, porque el que mira la felicidad de todos los hombres, no mira la felicidad de aquellos que han nacido bajo su mismo techo. Así hubo ingleses que se alegraran de sus propias derrotas en Sud-Africa. Así los partidos extremistas de la Rusia, se regocijaron por los triunfos del enemigo extranjero.

Las últimas ideas.

Se nota una gran reacción hacia las ideas antiguas en materia científica, económica y política. Los literatos eminentes como Paul Bourguet y Brunetiere, han concluído con pedir al Evangelio el principio de la perfección moral y social; los socialistas piden la intervención continua del Es-

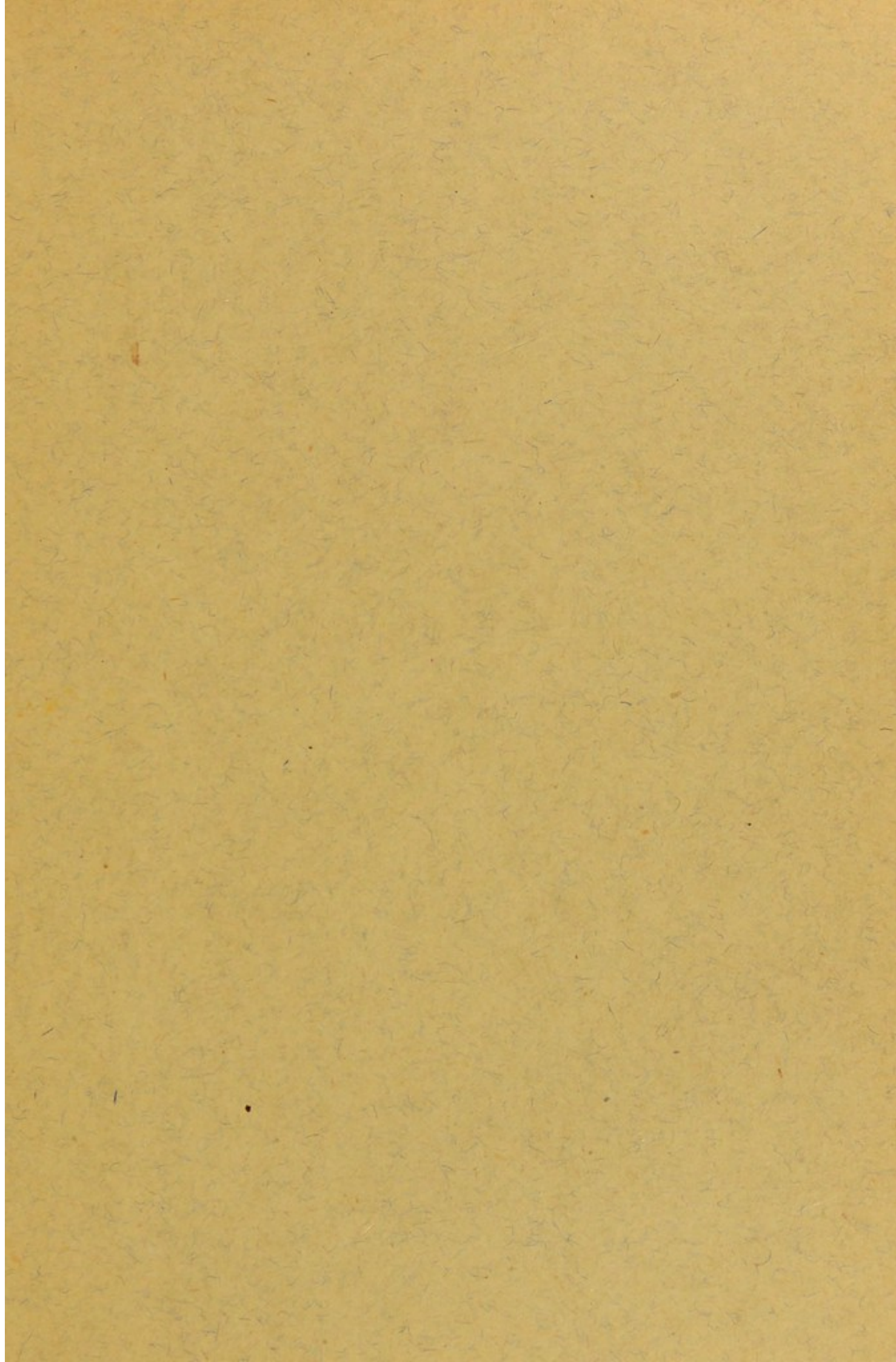
tado en el régimen de la propiedad y en la reglamentación de la industria fabril, pretendiendo la destrucción de la plutocracia; los historiadores han tratado de justificar los progresos del imperialismo, y hombres de letras, tan eminentes como Rutyard Kipling, se han hecho panegiristas del imperialismo británico. Los sabios han marcado los límites de los procedimientos biológicos para estudiar las ciencias morales y políticas, y hasta no ha faltado quien sostuviera que la ciencia que tanta actividad desplegara durante el siglo pasado, ha hecho bancarrota convencida de sus esfuerzos.

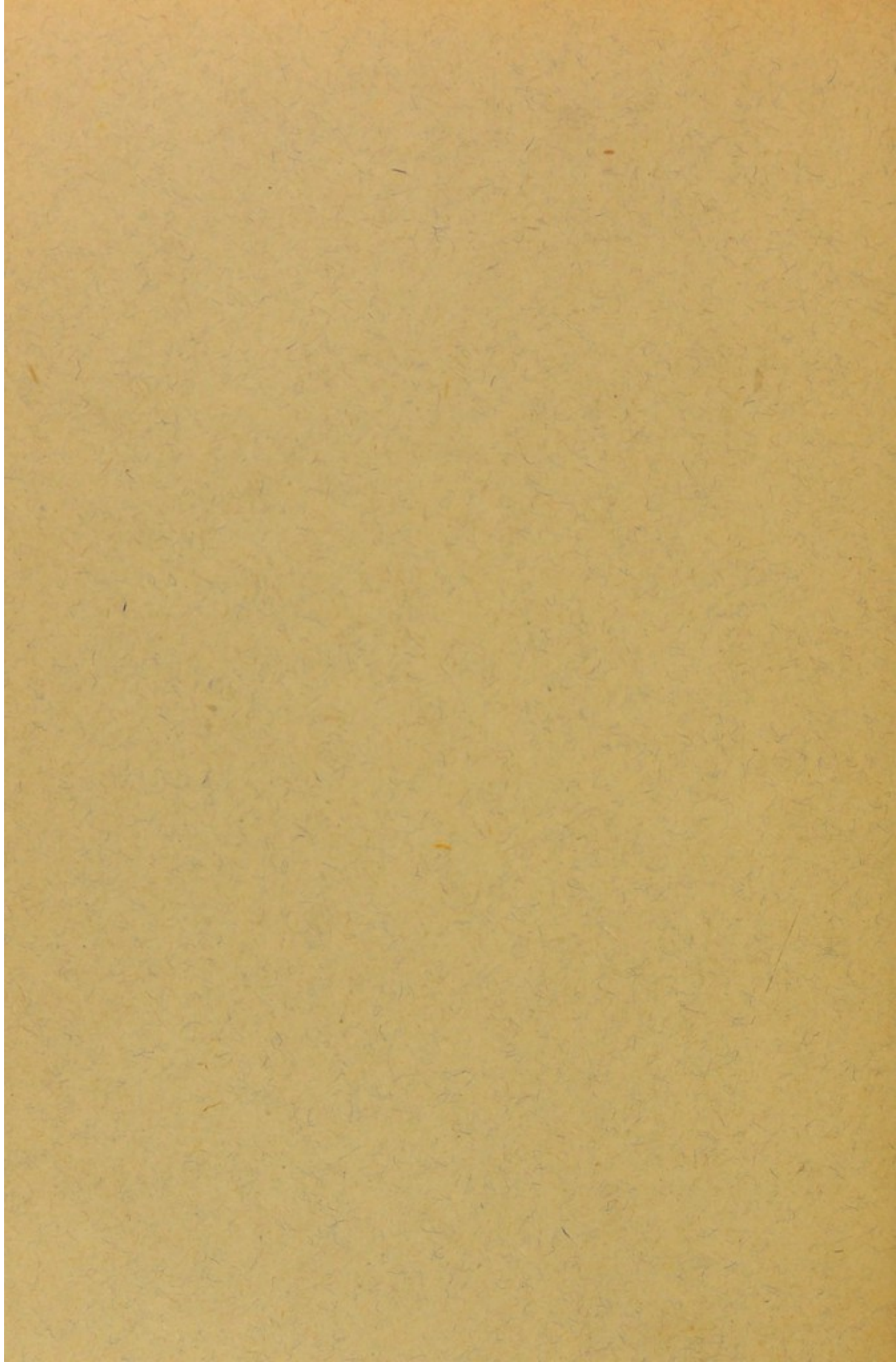
* * *

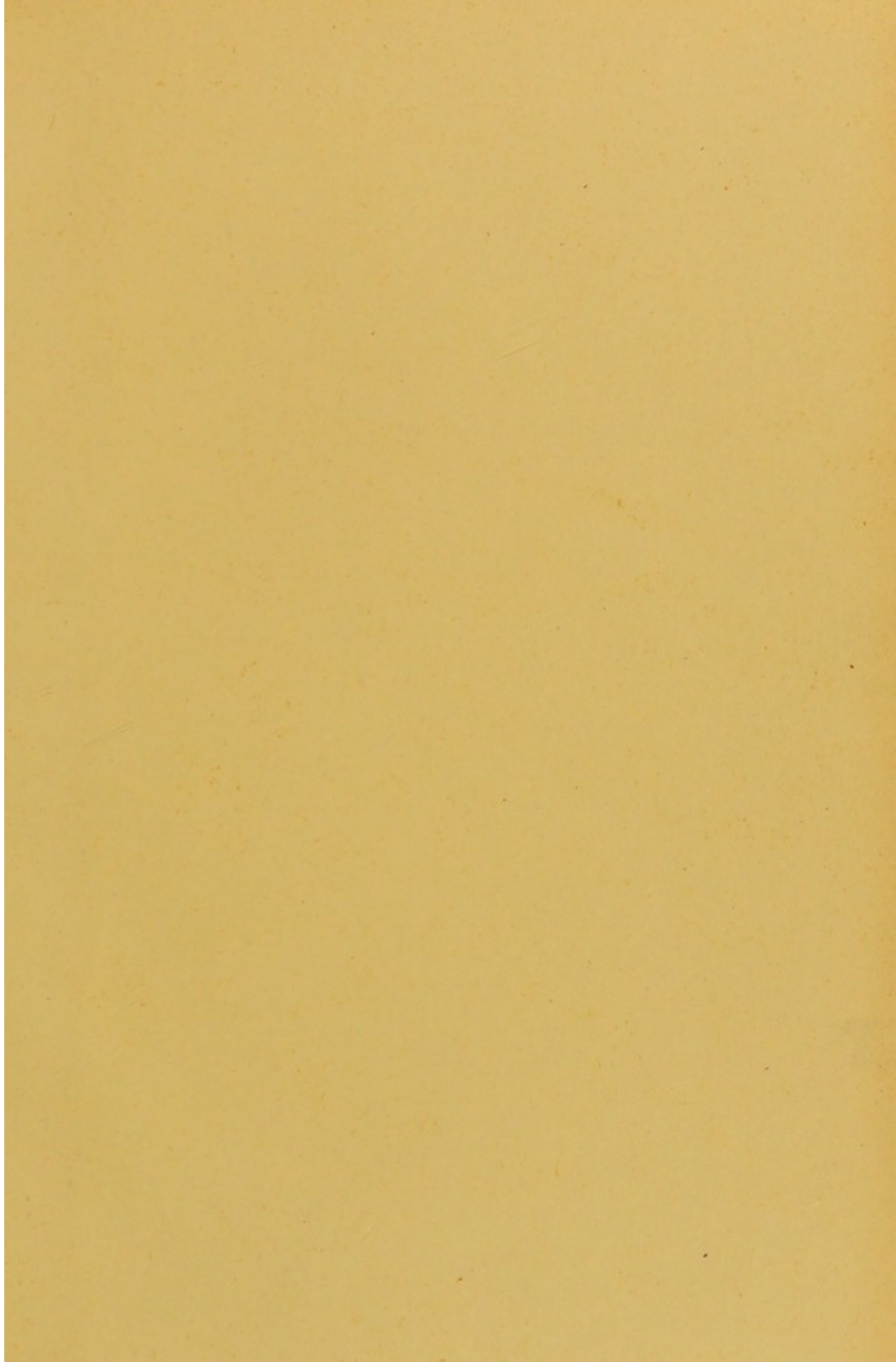
Nosotros no podemos menos de opinar con Emilio Faguet, que si el liberalismo no ha sido en la historia de la humanidad más que un corto episodio, y que el reinado de la fuerza es el carácter continuo é invariable de la especie humana, debemos de felicitarnos de haber vivido en la época en que se desarrolló ese corto episodio.

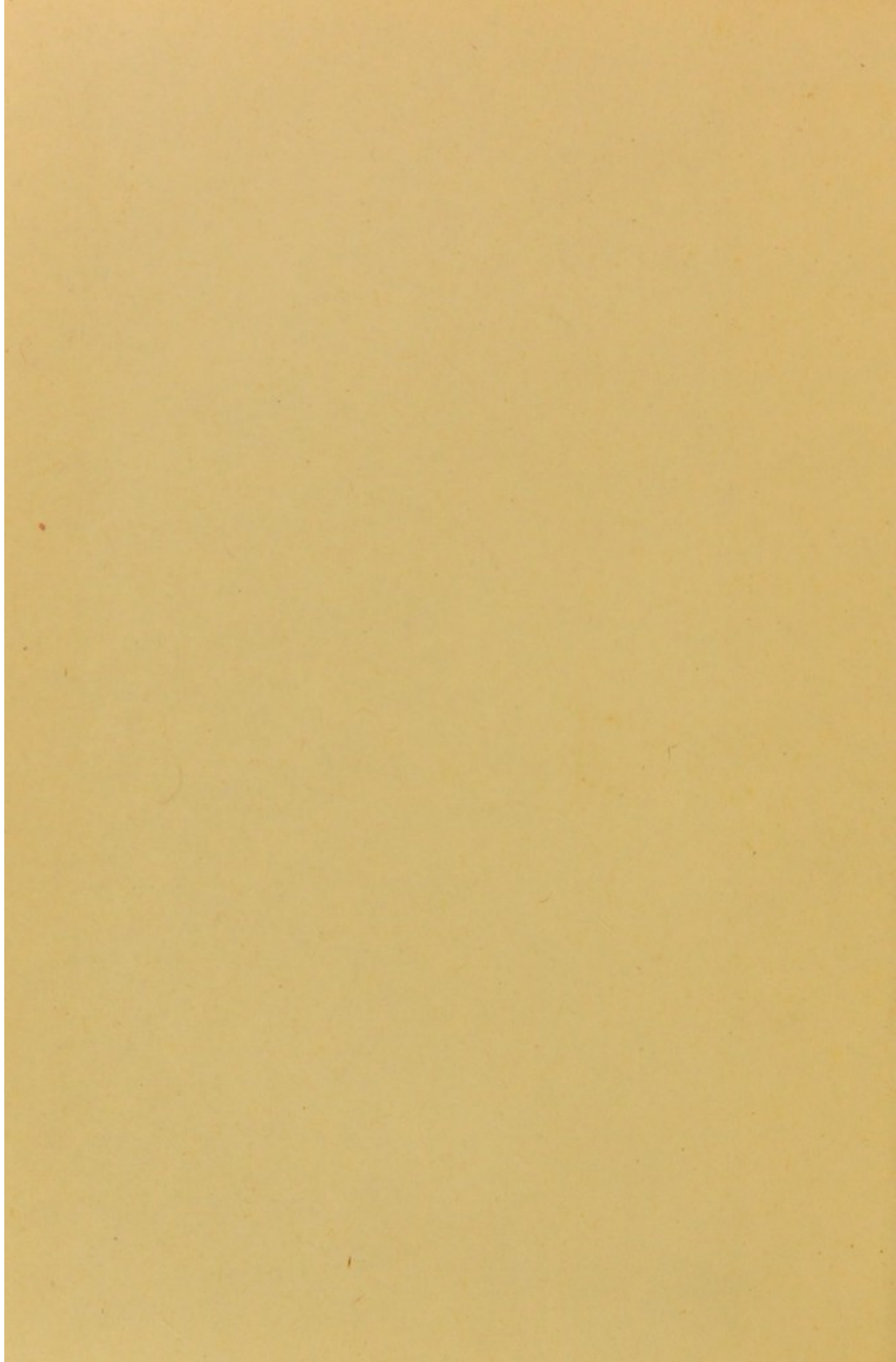
Deseamos vivamente, con la vehemencia con que puede desearlo el corazón de un buen mexicano, que los grandes males de la intolerancia y de los conflictos del socialismo, sean por siempre proscriptos de nuestra patria. Deseamos que, en lo futuro, el respeto á los individuos, no destruya, sino multiplique por la unión las fuerzas comunes. Deseamos, que en la centuria que se abre á las actividades de nuestros compatriotas, predominen el entusiasmo por los estudios científicos y la tolerancia por las ideas ajenas. Hacemos votos porque reinen los sentimientos de concordia que hacen á los pueblos grandes y felices. El remedio está en nosotros mismos. Tal pensó el venerable cuákero Guillermo Penn, cuando, al desembarcar en las playas de la América del Norte, no lanzó ruidosamente un código político para el gobierno de sus fraternales correligionarios, sino que se limitó á dar un consejo: *que los hombres sean buenos y su gobierno no podrá ser malo.*

PEDRO GONZALEZ.









✓

